

XXVIII

Olvidándome al instante de todo, no pensé más que en examinar bien lo que tenía en las manos. El sobrescrito de la primera carta que saqué y que estaba abierta, era de letra femenina, que reconocí al momento. El de la carta cerrada, que sin duda no estaba ya en la estafeta por detención involuntaria, era de hombre, y decía: *Señora Condesa de...* (aquí el título de Amaranta), *en Córdoba, calle de la Espartería*. El tercer sobre, también de carta abierta, era de letra de hombre y dirigido á Santorcaz. Desenvolví en seguida el envoltorio de papeles, que guardaba un bulto como del tamaño de un duro, y al ver lo que contenía, una luz vivísima inundó mi alma y sentí dolorosa punzada en el corazón. Era el retrato de Inés.

Aquella aparición en el campo de batalla, en medio del zumbido de los cañones y del choque de las armas; la inesperada presencia ante mí de aquella cara celestial, fielmente reproducida por un buen artista; la sonrisa iluminada que creí observar sobre la placa, cuando fijé en ella mis ojos; aquella repentina visita, pues no era otra cosa, de mi fiel amiga, cuando yo hacía tan vivos esfuerzos para ser digno de ella, me regocijaron de un modo inexplicable. Para iluminar los rasgos y colo-

res de aquel retrato que sonreía, valía la pena de que saliese el sol, de que existiese el mundo, de que la serie del tiempo trajera aquel día, aunque deslustrado por los horrores de una batalla.

Estreché á la Inés de dos pulgadas contra mi corazón y la guardé en mi pecho, resuelto á no darla, aunque la materialidad del pedazo de cobre pintado no me pertenecía. Mas era preciso leer aquellos papeles, que podían esclarecer alguna de mis dudas. Detúvome al principio la vergüenza de leer cartas ajenas, lo cual es cosa fea; pero consideré que Santorcaz habría muerto, fundándome en la dispersión de su caballo abandonado, y además, como la curiosidad me picaba, me escocía, me quemaba de un modo muy vivo, decidíme á leer la carta abierta, porque el deseo de hacerlo era más fuerte que todas las consideraciones.

Yo estaba completamente absorto en aquel asunto de interés íntimo: yo no atendía á la batalla; yo no hacía caso de los cañonazos; yo no me fijaba en los gritos; yo no apartaba del papel los ojos, aunque sentía correr por junto á mis oídos el estrepitoso aliento de la lucha. En aquel instante, entre los veinte mil hombres que, formando dos grandes conjuntos, se disputaban unas cuantas varas de terreno, yo era quizás el único que merecía el nombre de individuo. Atomo disgregado momentáneamente de la masa, se ocupaba de sus propias batallas.

La carta abierta, que llevaba la firma de

Amaranta, decía así, después de las fórmulas de encabezamiento:

«¿Eres un malvado ó un desgraciado? En verdad no sé qué creer, pues de tu conducta todo puede deducirse. Después de una ausencia de muchos años, durante los cuales nadie ha logrado traerte al buen camino, ahora vuelves á España sin más objeto que hostigarme con pretensiones absurdas á que mi dignidad no me permite acceder. Harto he hecho por tí, y ahora mismo, cuando me has manifestado tu situación, te he propuesto un medio decoroso de remediarla. ¿Qué más puedo hacer? Pero no te satisface lo que en la actualidad y siempre bastaría á calmar la ambición de un hombre menos degradado que tú; te rebelas contra mis beneficios, y aspiras á más, amenazándome sin miramiento alguno. A todo eso contesto diciéndote que desprecio tus amenazas, y que no las temo. No: no es posible que por la amenaza consiga nadie de mí lo que me impelen á negar mi dignidad, mi categoría, mi familia y mi nombre. Nunca creí que aspiraras á tanto, y siempre pensé que te conceptuarías muy feliz con lo que otras veces has alcanzado de mí, y hoy te ofrezco, haciendo un verdadero sacrificio, porque el estado del Reino ha disminuido nuestras rentas...»

Al llegar aquí, el golpe de un peso que cayó, chocando con mi rodilla, me hizo levantar la vista de la carta. El soldado que formaba junto á mí, herido mortalmente por una bala perdida, había rodado al suelo. En aquel in-

tervalo ví hacia el frente, envueltas en espeso humo, las columnas francesas que veían á atacar el centro. Pero mi ánimo no estaba para fijar la atención en aquello. Pude notar que la caballería avanzaba un poco, que después retrocedía y oscilaba de flanco; pero dejándome llevar por el caballo, con los ojos fijos en el papel, que sostenía á la altura de las riendas, no puse ni un desperdicio de voluntad en aquellos movimientos de la máquina en que estaba engranado. La carta continuaba así:

«... En vano para conmovirme finges gran interés por aquel sér desgraciado que vino al mundo como testimonio vivo de la funesta alucinación y del fatal error de su madre. ¿A qué ese sentimiento tardío? ¿A qué acusarme de su abandono? No, esa niña no existe: te han engañado los que te han dicho que yo la he recogido. Mal podría recogerla cuando ya es un hecho evidente que Dios se la llevó de este mundo. ¿A qué conduce el amenazarme con ella, haciéndola instrumento de tus malas artes para conmigo? No pienses en esto. Por última vez te aconsejo que desistas de tus locas pretensiones, y te presentes ante mí con bandera de paz. ¿Eres un malvado ó un desgraciado? Yo sería muy feliz si me probaras lo segundo, porque uno de mis mayores tormentos consiste en suponer tan profundamente corrompido el corazón que hace años solo existía para amarme...»

Con esto y la firma de Amaranta terminaba la epístola, cuya lectura, absorbiendo mi

atención, me distraía de la batalla. El fragor de ésta zumbaba en mis oídos como el rumor del mar, á quien generalmente no se hace caso desde tierra. ¿Es tal vuestra impertinencia que queréis obligarme á contaros lo que allí pasaba? Pues oid. Cuando la tropa francesa de línea retrocedió por tercera vez, extenuada de hambre, de sed y de cansancio; cuando los soldados que no habían sido heridos se arrojaban al suelo maldiciendo la guerra, negándose á batirse, insultando á los oficiales que les llevaran á tan terrible situación, el General en Jefe reunió la plana mayor, y expuesto en breve consejo el estado de las cosas, se decidió intentar un último ataque con los marinos de la guardia imperial, aún intactos, poniéndose á la cabeza todos los generales.

Por eso cuando, leída la carta, alcé los ojos, ví delante de las primeras filas de caballería algunas masas de tropa escoltando los seis cañones de la carretera, cuyo fuego certero y terrible había sido el nudo gordiano de la batalla. Servidos siempre con destreza y al fin con exaltación, aquellos seis cañones eran durante unos minutos la pieza de dos cuartos arrojada por España y Francia, por la usurpación y la nacionalidad, en un corrillo de veinte mil soldados. ¿Cara ó cruz? ¿Las tomarían los franceses? ¿Se dejarían quitar los españoles aquellos cañones? ¿Quién podría más, nuestros valientes y hábiles oficiales de artillería, ó los quinientos marinos?

Yo ví á éstos avanzar por la carretera, y entre el denso humo distinguimos un hombre

puesto al frente del valiente batallón y blandiendo con furia la espada; un hombre de alta estatura, el rostro desfigurado por la costra de polvo que amasaban los sudores de la angustia; de uniforme lujoso y destrozado en la garganta y seno, como si lo hubiera hecho pedazos con las uñas para dar desahogo al oprimido pecho. Aquella imagen de la desesperación, que tan pronto señalaba la boca de los cañones como el cielo, indicando á sus soldados un alto ideal al conducirles á la muerte, era el desgraciado General Dupont, que había venido á Andalucía seguro de alcanzar el bastón de Mariscal de Francia. El paseo triunfal de que al partir de Toledo habló, había tenido aquel tropiezo.

Los repetidos disparos de metralla no detenían á los franceses. Brillaban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo, avanzaba sin vacilación. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecían hombres y hombres. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de columna se rehacía al instante, acercándose imponente y aterrador. Acelerabase su marcha al hallarse cerca; iban á caer como legión de invencibles demonios sobre las piezas para clavarlas y degollar sin piedad á los artilleros.

Los que asistían á aquel espectáculo, sin ser actores de él, estaban mudos de estupor, con el alma y la vida en suspenso, cual si aguar-

darán el resultado de la porfía para dejar de existir ó seguir existiendo. No obstante, ¿creerán mis lectores que algo ocupaba mi espíritu más de lleno que la última peripecia? Pues sí: yo tenía en mi mano la carta cerrada, y la curiosidad por leerla no era curiosidad: era una sed moral más terrible que la sed física que poco antes me atormentara. Incapaz de resistirla, sintiendo que todo se eclipsaba ante la inmensidad del interés despertado en mí por los asuntos de dos ó tres personas que no habían de decidir la suerte del mundo, tomé la carta, la abrí sin reparar en lo vituperable de esta acción, y al punto la devoré con los ojos, leyendo lo siguiente:

«Señora Condesa: Vuestra carta me anuncia que nada puedo esperar de vos por los honrados medios que os he propuesto. No me sorprende, y si en la última que me dirigisteis, dictada sin duda por vuestro propio corazón, mostrábais bastante generosidad, en ésta reconozco las ideas de vuestra tía la señora Marquesa, que en otro tiempo os dijo que antes quería veros muerta que casada con un hombre inferior á vuestra clase. Preguntáis que si soy un malvado ó un desgraciado, y contesto que ya que os alcanza la responsabilidad de lo segundo, á vos también os tocará sin duda la triste gloria de lo primero. Esta será la última que os escriba el que en algún tiempo no hubiera cambiado por todas las delicias del Paraíso el gozo de leer una letra de vuestra mano. Quizás por mucho tiempo no oigais hablar de mí; quizás disfrutéis la in-

fable satisfacción de creer que he muerto; pero en la obscuridad y lejos de vos, yo me ocuparé de lo que me pertenece. ¿Quién es el culpable, vos ó yo? Cuando supe en Madrid que habíais recogido á nuestra hija después de largo abandono, os prometí legitimarla por subsiguiente matrimonio, como correspondía á personas honradas. Primero me contestasteis indecisa, y luego furiosa, rechazando una proposición que calificábais de absurda, de irreverente, y llamándome jacobino, francmasón, calavera, perdido, tramposo, con otras injurias que quisiera oír en tan linda boca. Yo acepto el bofetón de vuestro orgullo. Lo que no me explico es la desfachat-z con que negais haber recogido á vuestra hija. ¿Y decís que esto no me importa? Ya veréis si me importa ó no. Yo sé que la habéis recogido; yo sé que esta en un convento; yo sé que su boda con el Conde de Rumbler está concertada; yo sé que para realizarla se han tenido en cuenta poderosos intereses de ambas familias, que la hacen imprescindible; yo sé que para llevar á efecto la legitimación, se ha consumado una superchería poco digna de personas como...

Una conmoción inmensa, un estrépito indescriptible me obligaron á apartar de la carta mi atención. Los marineros llegaban á la boca de los cañones, y un combate terrible, en que parecíamos llevar lo mejor, se había trabado. Esto era sin duda sublime; esto sacaba de quicio y conmovía el alma en su fundamento; pero ¿no había algo más en el mundo? Inés, su madre, su padre, su porvenir, su ca-

samiento, y yo con mi desmedido y leal amor; yo, preguntándome si podría subir hasta ella, ó si era preciso hacerla descender hasta mí... ¡Oh! ésta sí que era batalla; esta sí que era lucha, señores. Su campo estaba dentro de mí, y sus fuerzas terribles chocaban dentro del espacio silencioso de mi pensamiento. ¿Cómo no atender á ella más que á otra alguna? El corazón, tirano indiscutible, agrandando incommensurablemente las proporciones de mi batalla, habíala hecho mayor que aquélla de que tal vez dependían los destinos del mundo.

Yo ví los marinos próximos ya, muy próximos á nuestros cañones; sentí gritos de júbilo y de victoria pronunciados en española lengua, y aunque todo esto me conmovía mucho, la carta no concluída me quemaba la mano. Decid que yo era un estúpido egoísta; pero, señores, ¿y la carta, y aquel *casamiento imprescindible*, y aquella *superchería* misteriosa?... ¿Se ganaba la batalla? Creo que sí, y la faz de Europa variaría sin duda. ¿Pero qué me importaba el enojo del Imperio, el júbilo de Inglaterra, el estupor de Rusia, los preparativos de la coalición, el descrédito del Grande Ejército?

¿Hemos de sobreponer el interés de los conjuntos lanzados á bárbaras guerras, al interés del inocente individuo que á solas lucha por el bien y por el amor? ¿Hemos de sobreponer el interés de la guerra, que destruye, al del amor, que crea y aumenta y embellece lo creado? Refos de mí; pero al mismo tiempo pensad en el modo de probarme que un corazón ocupa menos espacio en la totalidad del universo que

los quinientos diez millones de kilómetros cuadrados de la pelota de tierra en que habitamos.

Si es egoísmo, confieso mi egoísmo, y declaro á la faz de mi auditorio que en el punto en que se eclipsaba la estrella que por diez años había iluminado la Europa, volví á fijar los ojos en la carta para continuar leyendo. Si no quieren ustedes enterarse de ello, no se enteren; pero es mi deber decir que la carta concluía así:

«...una superchería poco digna de personas como vos. Segura estáis y con razón de que nada puedo contra vos. En efecto: yo sé que si algo intentara sería vencido. Pobre, sin recursos, sin valimiento, ¿que podría contra la justicia que sólo defiende á los poderosos? Pero mi hija me pertenece, y si hoy no está en mi poder, os aseguro que lo estará mañana. Entre tanto guardaos vuestro dinero.»

No decía más. Pero cuando acabé de leerla, ¡qué nueva y terrible fase tomaba la refriega entre los marinos y nuestros soldados! ¡Santo Dios! ¿Perderíase la batalla? Destrozados en el primer ataque los franceses, lo repetían sacando el último resto de bravura de sus corazones resecaos por el calor, y volvían á la carga resueltos á dejarse hacer trizas en la boca de los cañones, ó tomarlos. Nuestros soldados sacaban fuerzas de su espíritu, porque en el cuerpo ya no las tenían. Hasta los artilleros empezaban á desfallecer, y heridos casi todos los primeros de izquierda y derecha, atacaban los segundos, daban fuego los terceros, y el servi-

cio de municiones era hecho por paisanos. Los franceses, medio resucitados con la valentía de los marinos, pudieron habilitar dos piezas, y desde lejos, y tomando por blanco la masa de nuestra caballería, disparaban bastantes tiros. Su larga trayectoria, pasando por encima de la batería española, hería las primeras filas de mi regimiento. Este se encabritó como si fuera un solo caballo; chocamos unos con otros, y el espectáculo de dos compañeros muertos sin combatir nos llenó de terror. Al mismo tiempo oímos decir que escaseaban las municiones de cañón. ¡Terrible palabral! Si nuestros cañones llegaban á carecer de pólvora; si en sus almas de bronce se extinguía aquella indignación artificial, cuyo resoplido conmueve y trastorna el aire, estremece el suelo y arrasa cuanto encuentra por delante, bien pronto serían tomados por los valientes marinos, y les aguardaba el morir inutilizados por el denigrante clavo, fruslería que destruye un gigante, alfiler que mata á Aquiles.

Esta consideración ponía los pelos de punta. ¿Sucumbiría España? ¿No le reservaba Dios la gloria de dar el primer golpe en el pedestal del tirano de Europa?... No, no es posible asistir indiferente al espectáculo de tan sublime esfuerzo, oh patria; pero te confieso que yo rabiaba por conocer al autor de aquella tercera carta que tenía en mi mano, y cuando sin desatender á tu admirable heroísmo, miré la firma y ví el nombre de *Román*, segundo mayordomo de mi inolvidable ama; cuando consideré que aquel papel contendría revela-

ciones importantes, me dominó de tal modo la curiosidad, que por un instante desapareciste de mi espíritu, ¡oh hermoso rincón de tierra, destinado más de una vez á ser equilibrio del mundo! Adiós, España; adiós, Napoleón; adiós, guerra; adiós, batalla de Bailén. Como borra la esponja del escolar el problema escrito con tiza en la pizarra, para entregarse al juego, así se borró todo en mí para no ver más que lo siguiente:

«Sr. D. Luis de Santorcaz: Voy á decirle lo ocurrido. Todo está resuelto, y por ahora le dan á usted con la puerta en los hocicos. La señora Marquesa de Leiva, al recoger á la señorita Inés, pensó en el modo de legitimarla. Advierto á usted que desde que la trataron, ambas la quieren mucho, y se desviven por decidirla á que salga del convento. Cuando la señora Condesa recibió la carta de usted, en que le proponía la legitimación por subsiguiente matrimonio, mostróla á su tía, y ésta, furiosa y fuera de sí, preguntó si quería deshonorarse para siempre siendo esposa de semejante perdido. Lloró un poco la Condesa, lo cual es indicio de que aún le queda algo de aquel amor; y por último, después de muchas reconvencciones, convinieron las dos en no admitirle á usted en su familia por ningún caso. Ya sabe usted que, según consta en la fundación de este gran mayorazgo, uno de los principales de España, no habiendo herederos directos, pasa á los de segundo grado en línea recta, por lo cual ahora correspondería al primogénito del Conde Rumblar. La actual Condesa de

Rumblar, enterada de la aparición de una heredera, anunció á mi ama que en tablaría un pleito, y vea usted aquí el motivo de que en casa se haya trabajado tanto por la legitimación. Por fin, las dos familias acordaron evitar la ruina de un pleito, y se han puesto de acuerdo sobre esta base: casar á la señorita Inés con D. Diego de Rumblar, previa legitimación de aquélla, por lo que llaman autorización del Rey, con lo cual ambos derechos se funden en uno solo, evitando cuestiones. En cuanto al punto más difícil, la señora Marquesa lo ha resuelto al fin de un modo ingenioso y seguro. La niña ha entrado al fin con pie derecho en la familia. No pudiendo legitimar la madre, porque á ello se oponen las leyes; no pudiendo aceptarse la fórmula del subsiguiente matrimonio, ni conviniendo tampoco la adopción, por no dar esto derecho á la herencia del mayorazgo, se acordó lo que voy á decir á usted, y que sin duda le llenará de admiración. Este sesgo del asunto tiene para la familia la ventaja de que mi señora la Condesa no pasará ningún bochorno. La señorita Inés ha sido reconocida por aquel...»

Un violento golpe arrebató el papel de mis manos. Encabritése mi caballo, y al avanzar siguiendo el escuadrón, sentí la estrepitosa risa de un soldado que decía: «Aquí no se viene á leer cartas.» Corrimos fuera de la carretera, y todos mis compañeros proferían exclamaciones de frenética alegría. Ví los cañones inmóviles y delante una espesa cortina de humo, que al disiparse permitía distinguir los restos

del batallón de marinos. En el frente francés flotaba una bandera blanca avanzando hacia nuestro frente. La batalla había concluído.

Nuestros soldados se abrazaban con júbilo. Confundíanse los diversos regimientos y los paisanos advenedizos con la tropa. La gente del vecino pueblo de Bailén acudía con cántaros y botijos de agua. Agrupábanse hombres y mujeres junto á los heridos para recogerlos. Los caballos recorrían orgullosos la carretera, y los generales, confundidos con la gente de tropa, demostraban su alegría con tanta llaneza como ésta. Los gritos de ¡viva Español ¡viva Fernando VIII parecían sublime concierto que llenaba el espacio, como antes el ruido del cañón; y el mundo todo se estremecía con el júbilo de nuestra victoria y con el desastre de la Francia, primera vacilación del orgulloso Imperio. En tanto, yo recorría el campamento, miraba al suelo, miraba las manos de todos, las cureñas de los cañones, los charcos de sangre, los mil rincones del suelo, junto al cuerpo de un herido, y bajo la cabeza del caballo moribundo. Marijuán se llegó á mí con los brazos abiertos y gritó:

—Les vencimos, Gabriel. ¡Viva España y los españoles, y la Virgen del Pilar, á quien se debe todo! Pero ¿qué buscas, que así miras al suelo?

—Busco un papel que se me ha perdido.